

12. nov. 08  
~~18. nov. 06~~  
JVES

1084392

MDRCSRS  
C.1

# Los tiranos

OBRA EN UN ACTO

*Para Giovanni Cruz,  
un hombre de teatro que tiene las armas  
para hacer bien al país y al mundo.*

De: Juan García Guerra

## PERSONAJES:

- Samiel
- Josel
- Uriel

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

## Los tiranos

*Toda la acción tiene efecto  
en una sala del Palacio de la  
Presidencia.*

*El tiempo, preferiblemente,  
pasado.*

### PRIMER CUADRO:

*La escena está vacía.*

*Entra Samiel y un poco después, Josel.*

SAMIEL.— Adelante. El nuevo Presidente, Josel Sáez, llega a su casa.

JOSEL.— Tamaño adefesio... Una recopilación de todo el mal gusto de cada uno de nuestros gobernantes. Me costará trabajo acostumbrarme a esto.

SAMIEL.— Vio la cara que pusieron los periodistas?

JOSEL.— Necios. A estas horas una entrevista. Total, para preguntar tonterías. A quién le importa que yo haya venido al mundo en un pueblo pequeño, en un hogar de clase media. Lo mismo sería haber nacido en el mejor sector de la Ciudad Capital, o en el más marginado de los barrios del pueblo más atrasado. Lo que interesa ya lo saben: ingresé en la milicia joven; en lo único que me destacué fue en los deportes, y un día encabecé una revuelta para derrocar la tiranía, que resultó ganadora.

SAMIEL.— Le cortó usted toda la inspiración de golpe y se escurrieron como perritos regañados.

JOSEL.— No intenté ser grosero; pero el cansancio puso un

tono por demás convincente a mi negativa. Ya no podía más, sencillamente. Sentí que si no ponía punto final de inmediato a este día tan largo caería desmayado... Uf. Pensé que no terminaría nunca con tanta ceremonia.

SAMIEL.— Yo hubiera querido que se extendieran sobre un día extendido para seguir celebrando nuestro triunfo... Perdón: su triunfo.

JOSEL.— Nuestro triunfo: dijiste bien. Sin tí no hubiera podido hacer nada; ni siquiera habría pensado en la lucha.

SAMIEL.— Vamos, no sea modesto; usted es un líder natural que...

JOSEL.— No más alabanzas, por favor.

SAMIEL.— Decir la verdad no es alabar. Está bien; puede que fuera yo quien hablara primero del asunto; pero qué habría sucedido si mis palabras no hubieran encontrado eco en usted. Antes que yo muchos chismearon y no lograron nada.

JOSEL.— Chismear?

SAMIEL.— Sí, no me engaño. Lo que resulta en conspiración casi siempre comienza con el simple chisme. Y con ellos, por desgracia o por suerte, no se tumban gobiernos.

JOSEL.— Esta vez, sí.

SAMIEL.— Porque usted, a mis temerosos susurros los convirtió en grito de libertad.

JOSEL.— Los periodistas se fueron, recuérdalo. No tienes ya que hablar con tanta altisonancia.

SAMIEL.— Es lo que pienso de usted, sinceramente. No diría que es el más valioso personaje de nuestra historia; pero sí para mí es el hombre más grande que he conocido.

JOSEL.— Porque soy Presidente.

SAMIEL.— Naturalmente que no. También conocí al anterior, hoy difunto, y me resultaba una sabandija. Lo que digo nada tiene que ver con su posición actual, ni con ninguna posición que haya tenido o pueda tener. Su valor radica en la calidad que tiene como hombre excepcional; como casi un superhombre.

JOSEL.— Por Dios, no digas esas cosas. Sí, sé que es esa la imagen que ha captado el pueblo; pero todo lo que vieron o creyeron ver es sólo fruto de las tan especiales circunstancias. Tú lo sabes o deberías saberlo: has trabajado conmigo durante largos días, durante largas semanas, durante largos meses. Es hora ya de que me conocieras. No hay nada especial en mis facultades: no soy brillante, no soy valiente, y ni siquiera soy decidido.

SAMIEL.— Qué cosas dice.

JOSEL.— La verdad. Afortunadamente pasé mi prueba con buenas notas. Pero, aquí entre tú y yo, pasé con trampas. Engañé a todo el mundo, sin quererlo siquiera. Supongo que impulsado por la necesidad de demostrarme a mí mismo que podía triunfar... Lo hice, doy gracias a Dios. Ahora sólo me queda morir en paz.

SAMIEL.— Por lo que más quiera; en el día del triunfo y hablando de morir.

JOSEL.— Qué le importa a la muerte si triunfamos o no? ... Cualquier hora es perfecta para ella.

SAMIEL.— Se ha puesto pesimista de repente?

JOSEL.— Perdona, es el cansancio.

SAMIEL.— Lo dejaré tranquilo.

JOSEL.— No, no te vayas. Estoy tan excitado que no podría dormir.

SAMIEL.— Me alegro. Saltaría de la cama hasta el techo si me acostara... Todo salió tan bien. Como si se hubiera ensayado. Para mí, sin duda alguna, será ésta la fecha más gloriosa de mi vida. El sólo ver a gentes que antes nos odiaban haciendo reverencias es triunfo suficiente; pero el pueblo, señor, cuánta alegría. No recuerdo haberlo visto nunca como hoy. Saltaban, bailaban, reían, bebían. Vi grupos que abrazaban a los soldados y a la policía, en un franco olvido de la represión pasada. Dieron vivas inclusive al General Ramírez, como si hubiera sido un héroe más.

JOSEL.— Ese hijo de puta. Me amargó el día. Me hizo a mí las mismas zalemas que al tirano. Olvidó en unas horas la persecución a que me sometió, las bajas que causó a nuestro grupo, todo el odio que hizo generar en nosotros. En un momento en que pudimos estar a solas trató de convencerme de que no había sido su culpa, que obedecía órdenes, de que en el fondo siempre había sido un admirador de nuestras ideas, y no sé qué otras tonterías. No sé si pretendía realmente engañarme o si se burlaba; pero sí estoy seguro de que fue él el gran instigador del Presidente. Lo conozco muy bien. Cuando fui militar él estaba en el mando de la base. Te juro que desde entonces llegué a odiarlo con todas las fuerzas de mi alma. Decía que el Gobierno era inoperante, tambaleante, blando y que si de él hubiera dependido lo hubiera derrocado en sus principios y decía que era necesario aniquilar a todos los opositores, abiertamente para que el pueblo viera y temiera. Creo que él, antes que tú, me abrió los ojos a la realidad.

SAMIEL.— Es una lástima que no hayamos podido salvarnos de él.

JOSEL.— Sí. Y te juro que mis deseos fueron hoy descerrajarle un tiro en medio de la frente.

SAMIEL.— No podemos. Perderíamos el apoyo del Ejército y de las potencias internacionales que hoy nos abrieron los brazos. No hay que engañarse: nos permitieron el triunfo; pero sujeto a sus condiciones. No tienen ninguna confianza en nosotros. Los guardianes de sus tesoros son esos sinvergüenzas que encabeza el general Ramírez.

JOSEL.— Sí, lo sé. Por eso sigue siendo el Jefe de las Fuerzas Armadas. Que Dios nos ayude.

SAMIEL.— Pero, poco a poco iremos ganando terreno. Tenemos tiempo. Primero deberemos hacernos buenos amigos del poder económico nativo y extranjero. No muchas leyes revolucionarias para no asustarlos. Para hacerles creer que compartimos sus intereses; que somos sus verdaderos defensores, y luego... cuando estemos afianzados en el poder, entonces a hacer lo nuestro.

JOSEL.— No me gusta nada todo esto. Apenas hoy comencé a vivir en este mundo diplomático y ya me encuentro hartado. Te lo juro, no nací para esta maraña de intrigas.

SAMIEL.— Y sin embargo lo hizo muy bien. Parecía usted otro político de carrera.

JOSEL.— Tal vez sea eso lo que más me disgusta; convertirme en uno igual que ellos, en ese símbolo odioso de la inutilidad. Entrar a formar parte de ese nido tembloroso de parásitos que socaba la vida saludable de los pueblos.

SAMIEL.— Con usted no pasará.

JOSEL.— Por qué no?... Te dije hace un instante la verdad que yo era, y no mentía. No sé qué haré mañana cuando terminadas las fiestas que ahora agonizan por las calles, me vea obligado a sentarme en ese escritorio y decidir... Decidir qué?... Decidir cómo?... En favor de quién?

SAMIEL.— Usted sabrá. Por qué no?... Lo ha hecho hasta ahora y muy bien.

JOSEL.— No todo lo bien que yo hubiera querido. Deseaba dejar el país libre de todos los asesinos, y ya ves... Aquí estamos, condicionados; casi pidiendo permiso para gobernar. No te das cuenta?... Si en nuestro primer paso nos tambaleamos tanto, qué pasará con los siguientes?... Yo no soy la persona para lidiar con los profesionales de la mentira. Ni en mi casa ni en el cuartel ni entre nosotros las hubo. Mi vida siempre estuvo regida por la verdad. Y ahora qué?... En mi primer día de gobierno me aprieto y me besuqueo como una prostituta con los verdaderos opresores del

pueblo. Te das cuenta?... El tirano no era más que un muñeco de ellos. Un muñeco que usaron mientras le convino. Y ahora seré yo el muñeco de turno?

SAMIEL.— No es lo mismo, se lo digo.

JOSEL.— Me encuentro maniatado. Yo no soy la persona necesaria en esta etapa. Ya mi labor terminó. Más me hubiera valido ser uno de los muertos en las luchas callejeras.

SAMIEL.— No hable así.

JOSEL.— Por qué no si así lo siento? Ya cumplí en este mundo mi papel. Qué más pedir?... Salvador de su pueblo, sin una sola mancha conocida. Misión muy bien cumplida, se acabó. Para qué vivir más?... Para ensuciarlo todo?... No pongas esa cara. Sí, este es tu héroe, tu casi superhombre: un manojo de nervios y temores. No los supistes ver antes, aquí están. Me asaltan a cada momento. Me dominan.

SAMIEL.— Mejor yo me retiro. Usted está cansado. Mañana, después de haber dormido podrá ver las cosas un poco menos oscuras. Lo comprendo. Es natural. Después de tanta tensión usted necesita descanso. Buenas noches.

JOSEL.— No... No es cuestión de estar cansado, aunque lo estoy. Estas son ideas muy viejas; por manoseadas brillosas. Cuando apenas era un muchacho, un quinceañero digamos; cuando el pueblo no era para mí más que una voz soez y maloliente que había que dejar atrás para poder progresar, hace ya mucho tiempo, ya pensaba que el hombre viene al mundo para cumplir una específica misión, y que después de acabado su papel lo que más le conviene es que se muera; que no debe aceptar esos años que le prestan en los cuales se destruye siempre, siempre, lo que se levantó con materia de los sueños juveniles. Así es. Tal vez lo había olvidado, sumergido hasta el pelo como estaba en el tanto conspirar. Pero, ahora, terminada la etapa de la lucha que me correspondió, renace el planteamiento, reforzado por el peso de una realidad que me cae sobre los hombros... Sin darme cuenta, me llegué a dormir sobre la fama de héroe que los tiempos me tegieron. Tal vez me convenía para soportar la presión del miedo que me atacaba cuando estaba en soledad. Pero ahora, las circunstancias dejan de abrir caminos a mis intrépidos afanes, y la vida como que se me cierra debilitada en su sentido. Todo estaba planeado de acuerdo con los planes de la amnesia; pero ahora, apenas concedido el tiempo que facilita el pensamiento, debajo de mi piel curtida puedo descubrir los nervios débiles que me atemorizaban cuando aún no había

madurado. Y créeme, amigo, veo la vida tan dura y yo me veo tan frágil, que temo.

*Oscuro.*

### SEGUNDO CUADRO:

*En escena, Uriel.*

*Suena el timbre del teléfono.*

SAMIEL.— *Desde fuera.*

Estás ahí, Uriel?

URIEL.— Sí.

SAMIEL.— Contesta el teléfono, por favor.

URIEL.— Al momento.

*Descuelga.*

Hola... Sí. Oficina de la Presidencia, para servirle... Es Uriel Robles... Sí. Usted no me conoce. Soy nuevo en el empleo... Sí, General, diga usted... No. No tengo idea. Supongo que en unos minutos estará aquí... Con mucho gusto. No quiere dejarle dicho algo? ... Bien, como desee... Ha sido un placer.

*Cuelga.*

*Samiel ha entrado.*

SAMIEL.— De nuevo el Jefe de las Fuerzas Armadas?

URIEL.— Sí.

SAMIEL.— Te dijo algo?

URIEL.— Sólo que volvería a llamar.

SAMIEL.— Es la tercera vez en menos de tres horas. Tiene prisa el animal.

URIEL.— Animal?

SAMIEL.— Sí, como oíste.

URIEL.— Lo dice porque es fiero o por estúpido?

SAMIEL.— Por ambas cosas. Bien lo sabes.

URIEL.— Había escuchado rumores; pero en realidad me parece que...

SAMIEL.— No trates de fingir. Tenme confianza; no soy amigo de él. Te digo que si no come hierba se debe a que no es fácil conseguirla en la Ciudad.

URIEL.— Ah, entonces es herbívoro.

SAMIEL.— Perdón, me equivoqué: carnívoro, antropófago y vampiro.

URIEL.— Qué es lo que sucede en realidad?

SAMIEL.— Me molesta cuando se finge inocencia.

URIEL.— Es verdad que no sé. Tengo ya una semana trabajando en el Palacio, y estoy tan enterado de las cosas del Gobierno como el último campesino de las montañas.

SAMIEL.— Qué querías? Descubrir los secretos del Estado en siete días?

URIEL.— Bueno, no tanto. Pero me gustaría saber un poco más que el hombre de la calle. Me parece saludable conocer el ambiente en que nos movemos, en que vivimos.

SAMIEL.— A veces es más sano ignorar.

URIEL.— Eso es una amenaza?

SAMIEL.— No. Te advierto solamente, aunque sé que no me harás mucho caso. Deberías permanecer tranquilo, hacer bien tu trabajo, y así te iría mejor... Terminaste ya de mecanografiar la correspondencia?

URIEL.— No. Me faltan dos o tres cartas.

SAMIEL.— Sin embargo no escuchaba el tecleo.

URIEL.— Lo suspendí un momento... para no molestarle. Pensé que se había recostado a descansar.

SAMIEL.— A las diez de la mañana?

URIEL.— Como no durmió anoche.

SAMIEL.— Quién te lo dijo?

URIEL.— Saqué mis conclusiones: usted que es tan aseado, no se ha cambiado de ropa desde que me fui en la tarde de ayer; ahí están las mismas manchas del café que se derramó sobre su pantalón.

SAMIEL.— Dios nos salve, un detective.

URIEL.— Una persona observadora, solamente... Qué sucede, señor Gil?

SAMIEL.— Qué sucede con qué?

URIEL.— Con el Gobierno. Con el señor Presidente y con Usted. Qué sucede aunque indirectamente conmigo?

SAMIEL.— Nada.

URIEL.— Nada? ... Me dijeron que esta mañana, apenas disipadas las sombras de la noche, el presidente salió sin custodia, sólo él y el chofer, y aún no ha regresado. Si a eso sumamos la cantidad de papeles que encontré meticulosamente rasgados cuando llegué, las cartas que estoy mecanografiando, que son una abierta petición de ayuda a cuanto títere con cabeza hay en el país y en el extranjero; la visible alteración de sus nervios, el que no me haya comunicado que don Josel había salido, y sobre todo su repentina acusación sañosa al general Ramírez, entonces no me queda otro remedio que pensar que algo, digamos fuera de lo normal está suce-

diendo. Y precisamente relacionado con el hombre fuerte de las Fuerzas Armadas... Qué? No sé; pero espero que usted me lo diga.

SAMIEL.— No sé a qué se refiere.

URIEL.— Ahora es usted el que se hace el inocente. Por Dios, señor, todo el pueblo murmura por las calles.

SAMIEL.— Ponle caso entonces a las murmuraciones. Pero, por favor, termina con las cartas. No le gustaría al Presidente que...

URIEL.— Bien, bien, terminaré; aunque no creo que regrese con ganas de firmar, sea lo que sea que haya resultado de su ausencia. O estará muy alegre, o demasiado triste y preocupado.

SAMIEL.— Está bien, ganas. Dime lo que sabes.

URIEL.— Yo, nada; casi nada... Es verdad que el General Ramírez ha exigido al Presidente que decida el destino de los opositores? ... Es verdad?

SAMIEL.— Qué más se ha rumorado?

URIEL.— Es verdad que lo han amenazado con un golpe de estado si lo hace?

SAMIEL.— Qué más?... Qué más?

URIEL.— Es verdad que el Presidente prefiere pactar y para eso se ha escapado del Palacio?

SAMIEL.— También eso te lo han dicho por las calles?

URIEL.— No. Eso lo he supuesto yo, al igual que supongo que la doble vigilia de anoche fue ultimando las proposiciones que le haría a los opositores... Vamos, dígame la verdad. Acaso no soy de confianza?... Si el Partido me envió aquí, es porque no soy peligroso.

SAMIEL.— Eres inteligente, si. Te felicito... O tal vez era lógico deducir todo eso?

URIEL.— Entonces, acerté?

SAMIEL.— No en todo.

URIEL.— En cuál porcentaje?

SAMIEL.— No hubo una amenaza de derrocamiento, en realidad. Tan sólo fue una petición, digamos perentoria.

URIEL.— Como aquella que le hicieron al tirano pocos días antes de derrocarlo?

SAMIEL.— La situación ha cambiado.

URIEL.— Naturalmente que sí; pero los militares no. A veces me pregunto, cómo fue que aceptaron continuar con las mismas cabezas militares.

SAMIEL.— Cuando puedas comprenderlo, entonces serás digno de mi entera confianza... Y bien, ya sabes lo que querías. Ahora no molestes más y termina con las cartas.

URIEL.— En unos pocos segundos; pero antes, una última pregunta: cuán peligrosa es en realidad la situación?

SAMIEL.— No sé. Todo dependerá del apoyo que recibamos de los partidos. Si la unión es poderosa, no podrá hacer mucho el General.

URIEL.— Sí, ya veo.

SAMIEL.— Pero, si por casualidad, si, Dios no quiera, algo impide la alianza, estaremos a merced de su ambición.

URIEL.— No sería posible recurrir a la fuerza popular?

SAMIEL.— Está muy dividida, y además, cómo preveer en qué forma reaccionaría el pueblo? No hemos tenido ocasión de darle nada todavía, y las promesas cuentan poco en momentos de crisis. Eso, aparte de que nuestras palabras son las mismas que les vienen diciendo desde que se instauró el primer gobierno en estas tierras.

URIEL.— Entonces, qué hacer?

SAMIEL.— Esperar que los cielos nos abran un camino.

*Entra Josel.*

JOSEL.— Buenos días.

URIEL.— Buenas.

SAMIEL.— Buenos días.

JOSEL.— Qué hora es?

SAMIEL.— Faltan quince minutos para las diez.

JOSEL.— Algo nuevo por aquí.

SAMIEL.— Tres llamadas del General Ramírez, solamente.

JOSEL.— Dijo algo?

SAMIEL.— Nada especial... Cómo están las cosas?

JOSEL.— Iguales.

URIEL.— Mierda... Perdona.

JOSEL.— Qué la pasa?

URIEL.— No, nada señor... Sólo que... Nada señor.

JOSEL.— Está bien. Puede tomarse un descanso.

URIEL.— No he terminado.

JOSEL.— No importa. De todas maneras, no creo que sirva ya para nada enviar esas cartas.

SAMIEL.— Fracasó la reunión?

JOSEL.— Hay esperanzas todavía... Puede irse.

URIEL.— Con su permiso terminaré de copiarlas.

JOSEL.— Ya no son necesarias, le dije.

URIEL.— No está de más enviarlas.

JOSEL.— Le pregunté su opinión?

URIEL.— Sólo quiero ayudar.

JOSEL.— Ayude con su ausencia.

URIEL.— Perdón, ya me voy.

SAMIEL.— Lo sabe todo.

JOSEL.— Le contaste?

SAMIEL.— No, se enteró por ahí. Todo el mundo lo sabe. No es posible guardar secretos en este país.

JOSEL.— Ni vale la pena guardarlos, después de todo... Qué importa o no que se sepa ninguna cosa?

URIEL.— Puedo quedarme entonces?

JOSEL.— Ya no hay nada que hacer.

URIEL.— Pero usted dijo que aún había esperanzas.

JOSEL.— Sí. Las locas esperanzas que concebimos en los momentos desesperados: que tiemble la tierra o que el Cristo baje de nuevo al mundo; precisamente en nuestro país y en nuestra casa.

SAMIEL.— Qué ha sucedido? ... Qué dijeron? ... Cómo reaccionaron?

JOSEL.— Están llenos de ambiciones, Samiel. Ambiciones de toda ralea. Fui, como sabes, sin deseos de discutir; ansioso de aceptar... cualquier cosa. Ni siquiera buscaba apoyo para mí; más quería darle apoyo a ellos; pero... cómo describirlo? ... Fue como hablarles a loros iracundos que me tiraban en cara los más mínimos centavos que he gastado desde que subí al poder. Los más mínimos centavos, como si les pertenecieran.

SAMIEL.— Pero, cómo? ... No fue usted a hablar de problemas monetarios.

JOSEL.— Claro que no. Les dije que aceptaba su petición de sacar al general de las filas del gobierno; pero pronto me di cuenta de que si bien eso les agradaba, no era su muerte el atractivo principal. Sin que pueda decirte cómo, se desató una tormenta de protestas de la más variada índole.

SAMIEL.— Pero, en fin, qué es lo que quieren?

JOSEL.— Dinero. Más dinero. Que nada ni nadie les estorbe en su desenfundada carrera hacia el poder económico.

SAMIEL.— Te pidieron dinero?

JOSEL.— Hubiera sido mejor... Pretendían ocultarlo, poniendo como máscara los intereses del pueblo. Era un bollo de lombrices vociferantes.

SAMIEL.— Y entonces?

JOSEL.— Nada. Poco me faltó para que les rogara de rodillas. Pero entonces pensé: "ayudaría a un futuro de bienestar el que estas personas se apoderaran del gobierno?"... Y asqueado, me

respondí que no. El asunto sería cambiar un mal por otro, aún mayor. Más difícil de erradicar. Más desconocido.

URIEL.— No es posible; tiene que haber un error.

JOSEL.— Me gustaría creer eso; pero no lo hay... Todo es dura realidad.

URIEL.— Al menos la gente de nuestro partido sólo está interesada en los asuntos del pueblo, lo garantizo. Puede usted contar con ellos, y somos mayoritarios.

JOSEL.— Fue con ellos con quienes, por lógica deducción hablé primero, ya que dicen dar apoyo a este gobierno que dicen es suyo, porque fueron ellos los que proporcionaron brazos a mis ideas en el pasado. Pero, qué respondieron? ... "El tiempo ha transcurrido, señor Presidente, y todavía no vemos los resultados prometidos: el desempleo... el desempleo..." Y por ahí se deslizaron a la burda adoración del dios dinero, que nunca parece satisfacer con suficiencia al que le reza. No garantices nada, muchacho. Eres muy nuevo todavía para comprender lo que se oculta en el meollo. Puede que tal vez tu deseo de investigar la profundidad de las verdades se haya dormido, y que este cómodo empleo que te consiguieron tus dirigentes sea muy buena cama. Pero, entérate para siempre: entre los ideales y el interés, este último casi siempre para casi todos, pone mayor peso en la balanza. No te engañes: entre tu gente no es eso una excepción.

URIEL.— Yo no vine aquí en busca de un empleo. Ni siquiera pregunté cuánto pagaban. Quise tan solo ayudar en lo que yo pudiera, porque creo en usted.

JOSEL.— Ah, perdón. Entonces tu intención no era la de expiar en beneficios de mis "colaboradores"?

URIEL.— Señor, yo nunca...

JOSEL.— Perdón, ya dije... y gracias por tu confianza; pero eso en nada mejora nada. La flecha que te lancé tenía dos puntas: La que hería tu honor de joven soñador de realidades, más sutil pero más profunda que la otra, que sólo te acusaba de comercio menor. Aquella no la sentiste, más ésta te hizo sangrar. Lo ves bien claro? Lo que está sobre el tapete es el dinero; pesa más que cualquier ideal, y eso, inclusive en un joven como tú, con tu bella hoja de servicios y que cree aún en héroes cercanos. No hay nada que hacer; este mundo de nosotros está podrido en sus raíces. Tal vez lo que hay que hacer es destruirlo, y eso es lo que quiero; el canto de sirenas que hoy, en esta hora me emboya y me hala. Será que finalmente comprendo para qué estoy vivo? ...

*Suena el timbre del teléfono.*

JOSEL.— Si es el general Ramírez, dígame que no he llegado...

URIEL.— Bien.

JOSEL.— No. Espera. De qué vale ocultarle la verdad?

URIEL.— Le va a decir...

JOSEL.— Silencio... Por qué no me dijiste: "Mi ansia de verdad, señor, sigue despierta"?

URIEL.— Pero...

JOSEL.— Silencio... Aló... Sí. El mismo habla... Lo he pensado detenidamente, general Ramírez... Sí... Tiene usted razón... No son más que un grupo de agitadores. Perturban la paz pública. Hay que impedirles que sigan actuando... Sí. Dictaré la ley que usted desea y yo también: quedará prohibida toda oposición no constructiva... Le parece bien así?

*Oscuro.*

### TERCER CUADRO:

*Samiel está sentado, abatido.*

*Entra Uriel, agitado.*

URIEL.— Samiel.

SAMIEL.— Eh? ... Buenas tardes, me has asustado. Estaba adormecido. Curioso, eh? Uno piensa que con no dormir por unos días el vicio de la siesta se termina; mentira. Llegada esta hora el calor pide a gritos un reposo. Hace más de dos años que no tengo un momento para recostarme, y sin embargo...

URIEL.— Samiel.

SAMIEL.— Sí?

URIEL.— Cómo estás tan tranquilo, si lo sabes.

SAMIEL.— Saber qué?

URIEL.— Lo que ha pasado.

SAMIEL.— Qué fue lo que pasó?

URIEL.— Por Dios, que encarcelaron a los muchachos: Manuel, José Tavárez, Leal, Silvio Durán y los demás.

SAMIEL.— Eso no está confirmado, y si es verdad, se lo buscaron. No es posible pensar que ningún gobierno acepte la subversión.

URIEL.— Son mentiras. Todo son mentiras dictadas por el Jefe del Ejército. Hicieron una redada y los sorprendieron a todos en sus casas, mansamente... Pero, qué te digo, si tú lo sabes mejor que yo.

SAMIEL.— Sí... Sé que son mentiras que estén en las monta-

ñas, pero en cuanto a que los encarcelaron, nada se puede afirmar. Según tú, dónde los tienen?

URIEL.— En la cárcel principal... Piensan fusilarlos...

SAMIEL.— Fusilarlos? ... Quién te dijo eso?

URIEL.— Todos lo dicen.

SAMIEL.— Todos, todos, todos... Todos no es nadie. Vamos a creer cualquier rumor que se arrastre por las calles? Esta vez van muy de prisa.

URIEL.— Los rumores o son hijos de alguna verdad o parirán alguna; por delante o por detrás de cada chisme se conforma una realidad.

SAMIEL.— No. No creo que el Presidente lo permitiera.

URIEL.— Tampoco quisiera creerlo yo; pero la duda me hace temblar.

*Entra Josel.*

JOSEL.— Me han llamado por teléfono?

SAMIEL.— No.

JOSEL.— Me dormí. Ni siquiera recuerdo cuándo me tiré en la cama.

SAMIEL.— Comentaba sobre eso con Uriel: es inevitable el sopor al mediodía.

JOSEL.— Tampoco vino nadie?

SAMIEL.— No.

URIEL.— Espera usted a alguien? ... Alguna llamada?

JOSEL.— No. Voy a asearme un poco. Regresaré en unos minutos.

SAMIEL.— Bien.

JOSEL.— Ultimaron los detalles para esta noche?

URIEL.— En eso estamos.

JOSEL.— Quisiera que todo saliera a perfección.

SAMIEL.— Así será.

*Sale Josel.*

Supongo que habrás tenido tiempo entre chisme y chisme para ocuparte de supervisar los preparativos.

URIEL.— Lo viste?

SAMIEL.— Debemos evitar que se cometa el mismo error que sucedió en la última recepción.

URIEL.— Está nervioso... Sabrá lo mismo que nosotros o algo más?

SAMIEL.— Si tanto te preocupa, por qué no le preguntaste?

URIEL.— Por qué no lo haces tú? ...

SAMIEL.— Porque no creo que haya nada detrás de tu ru-



mor. Y si es verdad que están en la cárcel, eso será todo. De seguro los juzgarán por violar la ley de la oposición no constructiva, y les darán un mes de cárcel; lo más un año, y eso nada más. Las cosas han cambiado.

URIEL.— Y si no hubieran cambiado?

SAMIEL.— Sujeta tu imaginación y vamos a trabajar.

URIEL.— Casi todo está listo ya. Quedaron en llamar para confirmar lo último que faltaba; unas banderas que no aparecían o algo así.

SAMIEL.— Revisaste la lista de los invitados?

URIEL.— Sí.

SAMIEL.— No te habrás olvidado nuevamente de invitar al embajador de los Estados Unidos?

URIEL.— No tengo mala memoria y lo sabes. Nunca se me olvidó invitar a esos desgraciados; simplemente me pareció alguna forma de venganza o de burla a la gran potencia que tanta ayuda le da al General Ramírez y su gente. Pero no te preocupes; comprendo que ahora no sería el momento para hacer ese tipo de cosas.

SAMIEL.— Gracias por reconocerlo.

URIEL.— Observaste? ... Espera una llamada, casi seguro que de nuestro querido Jefe del Ejército.

SAMIEL.— Y para qué?

URIEL.— Cuando apresaron a los líderes del Partido Evolucionista, nos avisaron de inmediato, y también a la prensa. Pero ahora... hace ya dos días que los tienen encerrados y aún no han llamado.

SAMIEL.— Vamos, toma la lista.

URIEL.— Te digo que todo está bien... Cómo puedes quedarte tan tranquilo? No comprendes lo que está sucediendo? ... Son tus amigos de ayer; nuestros compañeros de lucha. Es verdad que hubo divergencias; pero eso no altera nuestra hermandad de ideal en lo profundo. Tú más que yo, cuántas veces no arriesgaste la vida junto a ellos. Podrán unos cuantos grados más a la izquierda de tu izquierda hacer desaparecer toda aquella unidad? ...

SAMIEL.— No es asunto de grados políticos, Uriel. Nosotros mal o bien, tratamos de construir algo para el país, y ellos, enamorado de un pasado de subversión gloriosa, prolongan una situación que ya no tiene sentido, y sólo piensan en destruir lo que otros hacen. Tan simple como eso.

URIEL.— Y esa opinión tan tuya justifica que se les mate?

SAMIEL.— No he dicho eso, ni nada parecido. No sé por qué me molestas con asuntos que bien pueden ser mentira y nadamás.

URIEL.— La fuente es fidedigna.

SAMIEL.— Y cuando no. Esa frase la leemos diariamente en los periódicos, legalizando cualquier falsedad.

URIEL.— Quien me lo dijo los vió.

SAMIEL.— Ah, los vió. Dónde?

URIEL.— Cuando los entraban en la prisión. Estaban maniatados.

SAMIEL.— Y te mandaron saludos.

URIEL.— Cómo puedes bromear? ... Son la flor y nata de la juventud nacional. Son el futuro del país. Las esperanzas del pueblo.

SAMIEL.— Son traidores al partido.

URIEL.— Porque se oponen a nuestros puntos de vista?

SAMIEL.— Corre, corre a liberarlos. Tráelos aquí. Les abriré la puerta principal y me escabulliré por la trasera.

URIEL.— No sé si eso; pero si pudiera hacer algo, lo hiciera. Sólo ellos y su pureza podrían guiarnos hacia la paz y el progreso.

SAMIEL.— Cursi y tonto; más que tonto. En tu edad siempre se es anarquista, y por ello, todo lo que nos oponga como gobierno te parece mejor. Perfecto. Pero si fueras más selectivo te darías cuenta de algo terrible que ya otros sabemos. Esa pureza que tanto emociona a todos es más pasajero que la belleza de una mariposa, y lo que la mata, aparte del tiempo es esto que vivimos aquí: el Gobierno. No hay pureza que sobreviva al gobernar. Todos hemos sido jóvenes y puros, y qué? Para gobernar hay que ensuciarse las manos, y precisamente uno se las ensucia por culpa de los jóvenes puros como ellos. Son ellos los que nos obligan a actuar con mano fuerte. Y qué es lo que quieren? ... Copar el gobierno para, sin darse cuenta a tiempo, ensuciarse a su vez.

URIEL.— Le has dicho eso a Josel?

SAMIEL.— Qué importa?

URIEL.— Se lo has dicho?

SAMIEL.— Puede que sí; no lo recuerdo. Por qué no, si es así como pienso?

URIEL.— Entonces eres tú quien lo ha inducido? ...

SAMIEL.— Inducido a qué, por Dios. Las circunstancias nos han inducido a los dos, y a los demás que piensan como nosotros. Pero, ya está bueno. Estás dando como un hecho esas mentiras maliciosas. No los fusilarán... No los fusilarán... Uriel... Desde antes de que este gobierno se cristalizara estuvimos de acuerdo con los sacrificios que se presentarían. Ellos, ellos mismos, los que ahora nos atacan, pusieron las condiciones y nos las impusieron a

los menos extremistas. No importa lo que sucediera ni cómo lo hiciéramos, deberíamos conservar el poder hasta que se plasmaran nuestros ideales... y apenas comenzando, cuando por vez primera discrepamos, se separan... Sí, ellos, no nosotros... por solo cumplir sus órdenes, su voluntad, nos convertimos en sus enemigos. De haber trabajado más cerradamente con nosotros, olvidando orgullos y puntos particulares de vista, más cerca estaríamos de los logros de nuestro ideal. Pero no, nos han dado las espaldas y resulta que hoy, por ser fieles, nos convertimos en sus asesinos de ellos los que nos traicionan a nosotros... Y me pregunto: es esto asesinato o suicidio?

URIEL.— Entonces es verdad que aceptas que los maten.

SAMIEL.— No acepto ni siquiera que los apresen; es torpe todo esto: la cárcel para qué, si es batalla de ideas?... Pero, quién soy yo? ... No está el poder en mis manos, ni tengo las influencias que tú puedes creer. Josel ha cometido muchas tonterías, lo sé; pero conociéndolo sólo lo culpo a medias: yo lo aconsejo; pero otros también y en forma muy diferente, y el es indeciso; es ese su gran mal... Tal vez yo hubiera gobernado diferentemente; tal vez yo hubiera... Pero no sé. Supongo que la única manera de probarlo es sentándose en la silla y hablar con propia voz los propios pensamientos... Entonces ya veríamos...

*Suena el timbre del teléfono.*

*Uriel lo toma.*

URIEL.— Hola... Sí?

SAMIEL.— Quién llama?

URIEL.— Diga, diga... Bien...

SAMIEL.— Quién llama?

URIEL.— Entonces todo está listo ya... Gracias.

*Cuelga.*

Estás preocupado?

*Entra Josel, sin camisa, con una toalla en la mano.*

JOSEL.— Sonó el teléfono?

URIEL.— Era el encargado del protocolo; me avisaba que encontraron las banderas que faltaban. Ya todo está listo para la recepción.

JOSEL.— Ah, que bien... Tenía la cabeza bajo la llave y no estaba seguro de haberlo oído. No se me logra quitar esta pesadez terrible. Tal vez debería visitar a un médico: no es esto normal. Siento como si el aire fuera sólido y me pesara. Como si fuera a morirme de una asfixia del pensamiento. Sólo el alcohol con perfume de tonel me alivia un poco. Pienso entonces, aunque no sea el

momento, en mujeres y sus encantos y placeres, y en no sé qué románticas soluciones que van desde el mesianismo hasta una bala en la cabeza. Pero, luego no queda más que la resaca, y no es posible para un presidente beber continuamente, verdad?

*Sale.*

URIEL.— Lo ves? ... Está preocupado. Está mal. Está enfermo. Por qué si no esa ansiedad con el teléfono. Qué me dices? ...

SAMIEL.— Que lo sé. Sí. Lo sé. Ya no insistas. El escucharte es como oír en otra voz mis propios pensamientos; mis preocupaciones viniéndome de afuera. Pretendía en virtud de no se qué absurda mecánica, que negando la verdad podía refrenarla o no sé qué otra tontería. Pero no hay nada que hacer. Y mi desesperación no necesita de tus refuerzos porque es más profunda que la tuya; hay más de mí en este gobierno que de ti, y me siento más culpable de lo que nunca quisiera, y como si fuera poco, son tan débiles los argumentos que tengo para defenderme que ni siquiera puedo convencerte a tí que eres mi amigo; ni a mí, que lo deseo...

URIEL.— Hay que hacer algo...

SAMIEL.— Quién te dio la noticia?

URIEL.— Un militar destacado en la prisión.

SAMIEL.— Cuántos eran?

URIEL.— No sé; diez u once...

SAMIEL.— Y es seguro que eran ellos?

URIEL.— Claro.

SAMIEL.— El que te lo informó los conoce?

URIEL.— Sus fotos están en todos los cuarteles, como si fueran asesinos.

SAMIEL.— Como asesinos... Y son como nosotros hace algunos años, sólo que confundidos, mal guiados. Han escuchado las voces de los falsos profetas, de los ambiciosos, de los que quieren el poder para instaurar una nueva tiranía. Necesitan quien les haga ver claro su complicidad con esos bandidos. Cuanto más poderosos seríamos todos si los tuviéramos como aliados; si nos apoyaran ambos seríamos puros, ellos y nosotros; podríamos aún conservar nuestra inocencia...

URIEL.— Y si le pedimos ayuda al presidente, abiertamente...

SAMIEL.— Respondería? ... Dios mío, en que telaraña estamos enredados.

*Suena el teléfono. Samuel lo toma.*

*Hola... Sí, General... Sí...*

*Entra Josel.*

JOSEL.— Quién es?

SAMIEL.— Dios mío.

JOSEL.— Es el General?

*Samiel cuelga el teléfono.*

SAMIEL.— Me pide que le comunique, que le diga... que un grupo de insurgentes atacó en las montañas a un camión del ejército que iba cargado de armas... Los soldados se defendieron y lograron darle muerte a once de ellos. Sus cadáveres...

*No puede continuar.*

JOSEL.— Terrible... Terrible... Que no se diga nada. En la recepción de esta noche deberemos tratar asuntos importantes para la seguridad del Estado... Después... después se comunicará.

*Oscuro.*

#### CUARTO CUADRO:

*En escena Uriel y Samiel.*

URIEL.— No sé... No sé si considerarlo un loco o solamente un pobre hombre acabado por el vicio, por la bebida; pero ya su comportamiento no es el de un hombre normal. Pasa de una idea a otra con la velocidad del pestañar; ayer estaba optimista y hoy ve el mundo sumergido en la noche; hace un minuto reía y en éste le saltan las lágrimas o la rabia lo asfixia. Te has detenido a pensarlo, Samiel? ... El país está gobernado por un capricho; nuestro destino está a merced de una veleta; deberemos permitir que esto siga sucediendo? ...

SAMIEL.— Es un momento difícil.

URIEL.— Sí lo es, y precisamente ahora debemos hacer algo, antes de que sea demasiado tarde. No sé qué piensas tú; pero yo no estoy dispuesto a quemarme en este incendio que no provoque, ni apruebo. Me he levantado de la nada sin nada más que mi propio esfuerzo y la fuerza que me ha proporcionado mi ideal; transigí en algunos puntos, quizás me hice el ciego una que otra vez; pero no más. Son muchos los años que me quedan por delante y quiero vivirlos limpiamente, sin cargas ajenas en mi conciencia... No piensas tú lo mismo?

SAMIEL.— Sí...

URIEL.— Y además el partido... Si no bastaran los compromisos morales con nosotros mismos; ahí están nuestros compañeros al borde de la desesperación. Ya nadie cree en él. Ya todos quieren su final... Sólo nosotros les permanecemos fieles. Por cuánto tiempo? ... Hay que hacer algo... Hay que hacer algo? ...

SAMIEL.— Sí. La situación es álgida. Hemos tenido largas conversaciones.

URIEL.— La protesta es general. Has leído los periódicos extranjeros. Nadie se ha tragado lo del asalto. Hace ya una semana que sucedió y sin embargo la noticia sigue en primera plana. Uno de ellos editorializó sobre la farsa en la noche diplomática; consideró de muy mal gusto anunciar en una fiesta algo tan horrible que pudo decirse antes. En otro hay una caricatura del Presidente como actor trágico, con las manos llenas de sangre, la punta de una espada saliéndole por la parte de abajo del saco y diciendo. "Los muchachos han muerto, ¡que tragedia!".

SAMIEL.— Afortunadamente todo se aclarará ahora.

URIEL.— Todo está claro ya. Demasiado claro.

SAMIEL.— No ha sido como piensas.

URIEL.— ¿No? ... Te has creído todo el cuento acerca del General Ramírez?

SAMIEL.— No son cuentos... Es verdad.

URIEL.— Por Dios. Que lo crean todos, está bien; pero no tú ni yo o acabaremos tan manchados como él.. ¿Ya olvidastes aquella tarde? ¿Qué fue lo que dijo? ... "No digan nada hasta después de la fiesta", después de balbucear con voz entrecortada "Es terrible". Como para cumplir con una formalidad.

SAMIEL.— Tú no lo conoces, yo sí. La muerte de esos muchachos lo destruyó. Sólo que es poco comunicativo; poco expresivo.

URIEL.— Es increíble, Samiel, has llegado a creerte lo que tú mismo has inventado.

SAMIEL.— Por qué me acusas, yo no he tenido nada que ver...

URIEL.— No, no me refiero a esta absurda historia de ahora, hablo del Presidente. Del Josel que tú has creado; de la imagen que has proyectado para el consumo público, ese Josel admirable. Me quieres engañar a mí, o te has engañado a tí mismo?

SAMIEL.— No es perfecto. No es como lo he dado a conocer. Tiene sus defectos, tal vez muchos defectos, tal vez terribles defectos. Pero no es cruel, no es malo. Son las mejores sus intenciones para con el pueblo. Si reaccionó en esa forma, fue porque pensó que así convenía a todos. Esa noche era definitiva para las relaciones comerciales y políticas del país. Nada, ni siquiera un suceso tan terrible debía empañar su luz.

URIEL.— Por lo que más quieras, Samiel.

SAMIEL.— También su decisión de anunciar la tragedia en

plena fiesta, una decisión tomada sobre la marcha, no como se ha querido hacer creer con toda la mala intención, fue porque pensó que con eso asestaba un golpe mortal al General Ramírez. Así todos verían que él era el responsable.

URIEL.— ¿Y qué me dirás de su expectativa con el teléfono? Preguntó varias veces si habían llamado, estaba visiblemente nervioso...

SAMIEL.— Lo sabía. Me lo ha dicho... lo sabía.

URIEL.— ¿Confesó?

SAMIEL.— El General Ramírez le comunicó que pensaba matarlos. El trató de convencerlo, le ordenó que no lo hiciera; le rogó, pero no valió de nada. Trató de buscar apoyo en otros militares y no encontró ninguno. Maniatado, decidió aprovechar la situación para hundir a Ramírez. Daría a conocer que él era el responsable, y empujado por la reacción internacional tendría que abandonar el cargo y quién sabe si hasta el país.

URIEL.— Espera... Me dijiste que no había sido preparado.

SAMIEL.— Todo sucedió en cuestión de horas. Ninguna ocasión mejor para decirlo que cuando todo el cuerpo diplomático estaba reunido.

URIEL.— Pero no dijo nada. Se limitó a anunciar que habían muertos.

SAMIEL.— Con eso dejaba sentada su inocencia.

URIEL.— ¿Por qué no habló claramente del desacato a su poder?

SAMIEL.— Ya no eres nuevo aquí. Sabes que no es posible. La diplomacia exige que...

URIEL.— Samiel, esto no es asunto de diplomacia; es asunto de ganar una batalla. ¿Quién ha creído que él no lo sabía? ... Nadie.

SAMIEL.— No te lles de los periódicos; te lo he dicho muchas veces. Lo publicado es la información que facilitan Ramírez y los suyos. Eso no tiene importancia. Por más que se diga, no es la opinión pública lo que decide. Este país es una muestra de ello. Lo decisivo es el apoyo de las grandes potencias internacionales, y con esas se ha logrado lo que se quería.

URIEL.— ¿Qué se ha logrado?

SAMIEL.— Que el General Ramírez pierda todo su poder para siempre.

URIEL.— ¿Estás loco? ... Sólo la muerte acabará con él. Ahora es más fuerte que nunca.

SAMIEL.— Eso cree el y mucha gente; pero los que tienen poder de verdad han decidido que no.

URIEL.— No comprendo.

SAMIEL.— Pronto lo verás. El escándalo dado, es necesario sacar algo en claro, justificar algo, y así se hará. En caso de ser el Presidente el culpable, serían dos a eliminar, ya que Ramírez de todas formas fue el ejecutor. Conviene, por lo tanto, reunir la culpa en una sola persona: El General. De paso, así se evita que el país quede sin la cabeza representativa del poder; algo que sería muy peligroso, dada la situación social depauperada en que nos encontramos.

URIEL.— Entonces ¿Ramírez ha pasado a ser una especie de chivo expiatorio?

SAMIEL.— Así es. Pagará todo lo que ha hecho.

URIEL.— Si logran quitarlo. Se ha negado públicamente a dimitir.

SAMIEL.— Esto no es asunto de que quiera o no. Peor para él si se resiste.

URIEL.— ¿Y todo esto ha sido planeado por el Presidente?

SAMIEL.— Sí.

URIEL.— No lo creo. Su mentalidad no es tan brillante. Necesita que lo empujen. No se hubiera arriesgado a realizar algo tan complicado; algo que precisa de tanto planeamiento... Tú lo sabes.

SAMIEL.— Bueno, no todo ha sido así desde el principio. Mucho hemos improvisado según se presentaban las cosas.

URIEL.— Hemos, ¿dijiste?

SAMIEL.— Sí. Hemos. Te lo dije, verdad. Sostuvimos muchas conversaciones a lo largo de esta semana. Todo ha sido analizado cuidadosamente. Hasta el más mínimo detalle.

URIEL.— Ya veo. Entonces tú has sido el creador de esa obra maestra de la intriga.

SAMIEL.— No, ha sido él... Yo sólo lo he ayudado, criticado, le he dado valor... No es estúpido, Uriel. Lo menosprecias... Te lo digo... no lo conoces. Es un hombre pacífico. La equivocación está en que todos piensan que es un hombre de acción, y, te lo aseguro, es todo lo contrario. Está lleno de temor. Un temor dominante a no lograr lo que quiere, un temor pesimista. Nunca está convencido de la victoria; siempre duda de su capacidad, es el típico hombre que piensa.

URIEL.— Sin embargo, ante los ojos de todos, lo que lo caracteriza es su arrojo, su casi loco arrojo. ¿Cómo lo explicas, entonces?

SAMIEL.— No sé... Tal vez como se explica la templanza de algunos condenados a muerte. Van al cadalso y van con paso firme. Es como una conformidad ante el destino. Yo le he visto temblar, Uriel, como una hoja, en tantas ocasiones; en momentos que cualquier otro no hubiera considerado.

URIEL.— Sin embargo, aquella noche su pulso era firme. Recuerdo que minutos antes de hacer la declaración miré su copa: el líquido en ella estaba inmóvil.

SAMIEL.— Supongo que ya había tomado una decisión. En esos casos se traga el temor... o al menos lo oculta. Esa es la cualidad que más admiro en él. De yo sufrir la mitad del temor que él padece ni siquiera me atreviera a salir de mi casa. Supongo que en sobreponerse al temor está el verdadero valor.

URIEL.— Nada, que es todo un héroe; que resulta mayor que su propio mito, no, no me convences, y no quiero verme mezclado en esto. Hay muchos puntos oscuros. El más importante: ¿Por qué no puso en movimiento su plan hasta después del asesinato de los jóvenes?

SAMIEL.— Eso mismo se pregunta él; y su incapacidad es lo que más lo atormenta. Se repite a cada instante: ¿Por qué no descubrí la solución a tiempo? ¿Por qué le di largas al asunto? ... Se siente culpable y no lo es. ¿Te das cuenta de su drama?

URIEL.— Al final de la historia el hombre resulta canonizable.

SAMIEL.— No, no es un santo. Un hombre, sólo un hombre; si bien no igual a todos los demás, no es tan diferente como para llamarlo con otro nombre. No lo dudes. Uriel, hemos tenido suerte de que nos tocara alguien como él de Presidente.

URIEL.— Demos gracias.

*Entra Josel.*

JOSEL.— Buenas noches.

*Largo silencio.*

JOSEL.— Por qué me miran así, de reojo... Sí, algo nuevo ha sucedido... Hay una noticia... ¿Qué me pasa? Lo que tengo que decirles sería razón de alegría para Uds., y sin embargo la lengua se me enreda, la garganta se me tranca... ¿Qué es este miedo a hacer todo mal? Esta inseguridad terrible que me ha crecido por dentro. Apenas me atrevo a sonreír o a ponerme serio por temor a ofender, a no estar haciendo lo debido. Porque se me han crecido tanto las cosas que apenas puedo manejarlas. Las soluciones que tomo en la soledad después de sopesar; de buscar todas las fallas posibles, cuando llega el momento de comunicarlas, se me escurren del

pensamiento, se me convierten en tonterías. Ya no puedo más. No puedo soportar ese juicio latente que ha llegado hasta mi propia oficina; hasta mis propios amigos. Es necesario poder confiar en alguien.

SAMIEL.— Puedes confiar en mí.

JOSEL.— En virtud de qué poder todos se han convertido en mis jueces.

SAMIEL.— Yo nunca he pretendido...

JOSEL.— No lo niegues. Lo siento, lo siento en todos. Y no tienen ninguna razón. Para Uds. el poder es una teoría; palabras más o menos hermosas; pero para mí es un hecho, un hecho doloroso; aplastante, no se puede gobernar solo. Es demasiado para una sola persona. Se necesita ayuda, se necesita apoyo, se necesita comprensión.

SAMIEL.— ¿Cuántas veces no te he prestado mi colaboración? Josel, no tienes derecho a decir eso.. Desde que nos iniciamos en la política, hemos caminado juntos; apoyándonos el uno en el otro, compartiendo todas las decisiones. Me has mal interpretado, no he pretendido juzgarte; solamente he querido poner mis ideas al servicio de las tuyas. Cubrir las áreas que has dejado al descubierto. Surcir los desgarros naturales que produce la acción de gobernar.

JOSEL.— Pero...

SAMIEL.— Soy tu amigo, Josel. Ante todo soy tu amigo. Puedes tener toda la confianza en mí. ¿No la merezco?

JOSEL.— Sí.

SAMIEL.— Entonces?

JOSEL.— Perdonáme... Estoy confundido.

*Se sirve un trago.*

Insatisfecho conmigo mismo. Debería tomarme unas vacaciones. Pero ¿Cómo descansa un Presidente cuando todo va mal? ... Siento haberme alterado pero...

*Va a salir.*

URIEL.— Decía Ud. que tenía una noticia.

JOSEL.— ¿Cómo?

*Bebe todo el contenido de su vaso.*

URIEL.— Nos habló...

JOSEL.— Sí, sí es cierto. Todo viene de ahí. Yo...

URIEL.— ¿Qué es?

JOSEL.— El General Ramírez... Se suicidó. Agobiado por los errores cometidos, se disparó una bala en la sien... y...

*Se sirve un nuevo trago.*

¿Lo ven? ¿Lo ven? No fue así. No fue así. Por qué mentirles a ustedes.

*Bebe.*

El General Ramírez fue asesinado, porque yo ordené que así se hiciera. La situación no podía continuar así; o él gobernaba o yo gobernaba.

*Bebe nuevamente.*

¿Por qué guardar silencio? ... ¿No es eso lo que querían? ¿Lo que todos querían? ... ¿Van a pensar que hice mal?

SAMIEL.— Era necesario.

URIEL.— Debíó hacerse hace mucho tiempo; nos hubiéramos evitado muchos traspies.

JOSEL.— Ahí está la crítica, lo sabía. No puedo hacer nada bien. Uds. no encuentran bien nada de lo que yo hago.

URIEL.— Perdone yo no quise decir eso... Fue una decisión atinada la aplaudo, Señor Presidente.

JOSEL.— Bien.

SAMIEL.— Las cosas irán mejor ahora, Ud. verá.

JOSEL.— ¿No les parece terrible tener que asesinar?

SAMIEL.— Naturalmente que sí.

JOSEL.— ¿Y a tí?

URIEL.— Sí. Pero cuando con un asesinato se evitan muchos, es un deber cometerlo. Seríamos más asesinos si no lo hiciéramos.

JOSEL.— Gracias... Siento un gran alivio, tienes razón, Samiel, todo será mejor ahora... Como si comenzáramos de nuevo... olvidar y trabajar... ser de nuevo nosotros; enteramente nosotros.

URIEL.— Ser responsables de lo que será el gobierno y el país de ahora en adelante.

JOSEL.— Sí.

*Oscuro.*

#### QUINTO CUADRO:

*En escena Josel y Samiel.*

JOSEL.— Tontos, tontos, tontos... Largos siglos de historia para aprender y no comprenden nada... Dime, dime un solo caso en que el pueblo haya salido vencedor.

SAMIEL.— La revolución francesa, tal vez...

JOSEL.— Que ilusión! ... Después que descabezaron a los nobles, se descabezaron a ellos mismos, para que así Napoleón terminara pensando por ellos; para que los enviaran a hacer la guerra,

para que acabara con la juventud de toda Francia... Nunca lo oyes, nunca obtuvieron progreso de la revolución. Los norteamericanos lo saben y han progresado gracias a la mano dura; los soviéticos lo han comprendido también y cada día logran subir más el nivel de sus clases pobres.

SAMIEL.— Si, Josel. Claro está que que sólo en la paz y la tranquilidad se puede alcanzar el progreso, nadie lo discutiría, pero me atrevo a preguntarte: tenemos paz nosotros? Gozamos de tranquilidad? Esos grandes imperios de que me hablas pudieron establecerse firmemente después que sendas revoluciones solucionaron al menos un mínimo de las necesidades de sus pueblos; necesidades económicas, sociales, políticas. No comprendes? ... Cuando hay insatisfacción sólo puede haber guerras.

JOSEL.— Sabes que yo quisiera voltear este país patas arriba; sabes que no he podido. Qué fuerzas tengo yo contra las estructuras económicas nacionales; contra las estructuras económicas internacionales?... Dime?... Ninguna. Me tienen atado, sujeto como una marioneta. Soy apenas un vocero de sus deseos, un sirviente... Y sabes por qué? Porque no he encontrado apoyo en mi pueblo. Con él a mi lado hubiera sido fuerte. No me hubieran importado los intereses egoístas de nadie.

SAMIEL.— Te has preguntado por qué el pueblo no te apoya?

JOSEL.— Sé por qué. Les han lavado el cerebro; esos que se autodenominan revolucionarios lo han idiotizado.

SAMIEL.— No sé si eso será cierto.

JOSEL.— ¿Me lo dices ahora? ... ¿Qué pretendes? Muchas veces hemos hablado sobre eso y tú has estado de acuerdo en que subvierten el orden.

SAMIEL.— Algunos, sí; pero no todos... Y además, eso no justifica el que se les elimine físicamente.

JOSEL.— ¿Qué justifica entonces? ... ¿Cuántas ocasiones se les dio para que entendieran por las buenas? Yo mismo los defendí en cientos de ocasiones, cuando el General Ramírez vivía. Puse en peligro mi puesto para salvarlos a ellos, y qué? ... Nada, continuaron. Eliminé a su enemigo mayor, a Ramírez, a ver si así restablecíamos las paces; pero no, el escándalo fue mayor; los defendieron como si hubiera sido aliado de ellos. ¿Por qué? ... Es que acaso el demonio soy yo?

SAMIEL.— Tú representabas el orden que ellos detestan.

JOSEL.— Yo represento el orden, lo amen o lo detesten, y es mi deber conservar ese orden a cualquier precio.

SAMIEL.— Hemos llegado tan lejos.

JOSEL.— A la situación que ellos nos han empujado.

SAMIEL.— No sería mejor, aunque fuera para probar, que les permitiéramos, gradualmente la libertad?

JOSEL.— ¿La libertad de qué? Dé aterrorizar a la ciudadanía? ... las veces que he descargado la fuerza de mi puño; fuego y sangre es lo que hemos obtenido. No, Samiel; no podemos darles libertad o llevarán a nuestro país al caos más absoluto.

SAMIEL.— Y hasta cuándo seguiremos así?

JOSEL.— Hasta cuando se convenzan de que deben cooperar con el progreso de todos, o hasta que la traición me trague...

SAMIEL.— O tal vez... hasta que logren convencer al pueblo de que somos nosotros sus enemigos.

JOSEL.— No podrán: en el fondo ellos me aman. Saben que les he dado cosas; viviendas, residencias, edificios...

SAMIEL.— Pero no paz.

JOSEL.— Yo he querido dársela. Son los supuestos revolucionarios los que lo han impedido y el pueblo lo sabe y tú lo sabes.

SAMIEL.— Crees en las demostraciones de solidaridad que te hacen en las plazas públicas?

JOSEL.— Sí, creo en ellas.

SAMIEL.— Tú sabes que han sido preparadas por nosotros.

JOSEL.— No.

SAMIEL.— Sí. Nosotros hemos formado los comités gestores. Nosotros hemos provisto el transporte. Nosotros hemos pagado la hechura de las pancartas. Nosotros...

JOSEL.— Sí... Sí...

*(Largo silencio mientras bebe).*

Samiel... Debí morirme hace años. Debí morirme la noche en que derrocamos al tirano. Todo hubiera sido tan fácil. Yo hubiera pasado a la historia con un papel inmaculado: "Libertó a su país, y no pudo disfrutar del triunfo. Gran Héroe Nacional". ¿Recuerdas? ... ¿Por qué se me concedieron todos estos años para ensuciarme; para destruir mi triunfo?

SAMIEL.— Todavía es tiempo Josel, tienes vida.

JOSEL.— Sí tengo vida, una vida que no puedo soportar; una vida demasiado larga y pesada para mis hombros.

SAMIEL.— Hazla liviana; hazla fructífera nuevamente. Puede que a un mismo hombre se le den dos de esas oportunidades de que tú hablas. Puede que una sola persona tenga dos misiones que cumplir.

JOSEL.— Estoy cansado... Estoy cansado...

SAMIEL.— Sí, sí; pero es preciso que seas fuerte; este es un momento decisivo para tu vida. De lo que hagas ahora, dependerá lo que la historia diga de tí. Salva tu país, Josel. Quién se recordará de estos pocos años de oscuridad? Nadie. Puedo asegurártelo. Se dirá de ti que fuiste dos veces el salvador y los detalles desaparecerán.

JOSEL.— ¿Crees eso?

SAMIEL.— Estoy seguro. Tú eres un hombre joven todavía. Puedes comenzar cualquier cosa y terminarla. Josel... nadie en la historia ha tenido la oportunidad que tú tienes... aprovéchala puedes aprovecharla, sé que sabrás aprovecharla.

JOSEL.— Sí... Soy joven todavía... Estoy cansado; pero soy joven... Después de todo cuál otra persona puede gobernar este país de idiotas? Nadie, nadie, ni siquiera tú, Samiel, mi suinoso consejero. Tienes razón, tú... tengo que aprovecharme... Si no hay oportunidad; tengo que crearla... No me mires así... No puedo permitir que este país se autodestruya. Tengo que ayudarlo...

SAMIEL.— Josel...

JOSEL.— Qué tonto soy... Querer morir cuando todo va mal... Hay que morir cuando todo va bien, morir en buen momento... Y si la vida no te quiere dar ese buen momento, tú tienes que creártelo... Entonces veremos cómo resuelven ustedes su problema... ¿Dónde está Uriel?

SAMIEL.— Se fue para su casa.

JOSEL.— Llámalo; tengo que dictarle.

SAMIEL.— Es tarde ya; déjelo para mañana.

JOSEL.— Te digo que lo llames.

SAMIEL.— ¿Qué quieres dictarle?

JOSEL.— Algo que le interesa a él, a ti, y a los otros; aunque puede que no les guste. Pásame el teléfono, yo lo llamaré.

SAMIEL.— No lo molestes; trabajas demasiado. Yo puedo tomar tu dictado. Muchas veces lo hice, no recuerdas? Antes de que hubiera tanto trabajo; antes de que lo necesitáramos a él.

JOSEL.— Sí, lo recuerdo... Toma lápiz y papel... Eran buenos tiempos aquellos, verdad? El recuerdo de nuestro triunfo todavía estaba fresco y era suficiente para alimentarnos. Parece que hace miles de años. Casi como en otra vida... ¿Qué pasó, Samiel? ... ¿Qué pasó?

*(Bosteza)*

Es tarde? Tarde... ¿Qué hora es?

SAMIEL.— Estoy preparado. ¿Qué ibas a dictarme?

JOSEL.— Si me hubiera casado; sería diferente. Mi padre

siempre decía que un hombre necesita una mujer a su lado; de la dulzura de la mujer ¿Cómo era? ... algo así como que una pareja son una sola cosa; lo ideal; y que si falta el hombre hay debilidad; y si falta la mujer, aspereza... Lo decía por mamá, murió cuando yo era un niño; y él me regañaba y me castigaba y me pegaba; durante mucho tiempo... a lo mejor lo necesitaba... los dos éramos ásperos... Si yo me hubiera casado.

SAMIEL.— También es tiempo de eso; hay tantas mujeres.

JOSEL.— Que querrían ser la primera Dama.

SAMIEL.— Sé de alguna que te ama de verdad.

JOSEL.— No.

SAMIEL.— ¿Por qué no? ... Eres joven, fuerte, bien parecido, un buen partido.

JOSEL.— No, no lo soy... Soy... Soy un asesino... cuántos tengo en mi lista. Tú lo sabes. Tú... escribe... Escribe... Yo Josel Saez; Presidente de la República. En pleno disfrute... En pleno poder... Tú pones toda esa basofia, toda esa mierda... Escúchame, Samiel, te voy a dañar tu plan. Quiero restituir todas las libertades; que este país sea un modelo, algo nunca visto en la historia Universal. Busca todas las leyes restrictivas y anúlalas. Busca... y... y ya puedo morirme en paz, verdad? Me matarán por eso. El... me matará.

SAMIEL.— No bebas más!

JOSEL.— ¿Por qué no? ... Gracias al alcohol se me ha ocurrido esa magnífica idea. Justo cuando todos me traicionan... Cómo no lo pensé antes? Unas cuantas firmas y ya todos están conformes y contentos. También yo... Paz... Tranquilidad... No más muertes... No más muertos... Yo el próximo y último cadáver de quien seré responsable. Dios cuántos he matado? ... Cómo puedo borrar eso? Dime cómo puedo borrar las muertes; dónde tengo que firmar para volverles a la vida... Dime, dime, dime.

SAMIEL.— Cálmate!

(*Entra Uriel*).

URIEL.— ¿Qué pasa?

JOSEL.— Lo voy a hacer, Samiel. Voy a aprovechar... la segunda oportunidad... No te vas a salir con la tuya.

SAMIEL.— Ayúdame.

JOSEL.— Qué me ha dado?

*Entre los dos lo sacan de la habitación.*

URIEL.— ¿Qué pasó?

SAMIEL.— Lo de siempre...

JOSEL.— Debería estar muerto, descansando. Viviendo en el

recuerdo de mi querido pueblo... Yo su libertador... oh... ¿Qué me hacen? ¿Qué me hacen? ... Te conozco Samiel... Te conozco...

*De nuevo entra Uriel.*

No quiero acostarme, tráeme mi vaso, dónde te lo llevas? No no quiero dormir... Te lo ordeno: Tráeme... Lo verás todo va a cambiar...

*Entra Samiel.*

URIEL.— ¿Le dijiste?

SAMIEL.— No.

URIEL.— ¿Por qué?

SAMIEL.— No pude.

URIEL.— ¿Qué no pudiste?

SAMIEL.— Bebimos, se emborrachó, lo viste.

URIEL.— Tú también estás borracho?

SAMIEL.— No. Sólo bebí un poco para darme valor. Ahora tengo sueño se me cierran los ojos.

URIEL.— No hay tiempo que perder, Samiel. Si no hablas con él de inmediato... Puede que muera, sabes?

SAMIEL.— Mañana, mañana lo haré.

URIEL.— Le tienes miedo?

SAMIEL.— No, por qué? Es sólo que... Pena, tal vez. Eso es pena. Cómo decirle que ya no podrá estar en el gobierno, que tiene que huir como un cobarde; como un ladrón.

URIEL.— No le quedan muchas alternativas; o dimite o lo derrocan, y en este último caso, su vida peligraría. El odio del pueblo ha ido en aumento y ya no es posible sujetarlo por más tiempo. Se lo dije a ellos y sólo logré que se molestaran. Nos queda poco tiempo a lo sumo horas. Tal vez mañana sea demasiado tarde.

SAMIEL.— No exageres.

URIEL.— No exagero. Vengo de una reunión de los líderes del movimiento. Desde antes dudaban de tí; pero ahora hasta de mi dudaban. Resulta peligroso, Samiel, comprendo que le tengas cariño; pero esto no puede borrar todo lo que ha hecho. No más contemplaciones con nosotros. A duras penas he metido tu imagen como el futuro gobernante, no están satisfechos pero lo aceptan; sobre todo por la premura. No nos conviene esperar más, no nos conviene darles ocasión de recapacitar, de buscar otro sustituto para la presidencia.

*Oscuro.*

SEXTO CUADRO:

*En escena Uriel y Samiel.*



URIEL.— ¿Se levantó ya?

SAMIEL.— Sí; hace un rato largo.

URIEL.— ¿Le hablaste?

SAMIEL.— Espero a que salga de su habitación.

URIEL.— Me marcho; prefiero que estés solo con él.

SAMIEL.— Sí, es mejor.

URIEL.— Recuerda que no tienes tiempo que perder... Será hoy.

SAMIEL.— Lo sé. Lo sé. Vete.

URIEL.— Sólo esperan una llamada mía; pero no esperarán demasiado.

SAMIEL.— ¿Cuántas veces lo vas a repetir? ... Acaba de largarte.

*Entra Josel.*

JOSEL.— ¿Qué pasa? ¿Por qué discuten tan temprano?

SAMIEL.— Pues...

URIEL.— Nada... Parece que no trabajo todo lo rápido que Samiel quisiera, y se enoja... Con su permiso.

*Sale Uriel.*

JOSEL.— No deberían discutir. La discusión abre brechas que difícilmente vuelven a cerrarse.

SAMIEL.— Bah, son tonterías.

JOSEL.— Con tonterías se comienza y se termina, en el menor de los casos, con una enemistad diplomática, como la tuya y la mía.

SAMIEL.— ¿Qué dices?

JOSEL.— Entre personas corrientes no tiene mucha importancia, tal vez; pero entre gente de gobierno puede significar el bienestar de todo un país.

SAMIEL.— ¿Por qué hablas de enemistad diplomática?

JOSEL.— Es el nombre que le cuadra a esta guerra fría de tantos años. No finjas inocencia; sabes muy bien a lo que me refiero. Cuántas cosas te he ocultado yo; cuántas cosas me has ocultado tú! Cargados de temor; del peligroso temor que rompe todo lazo sobre la tierra, nos hemos ido alejando, convirtiendo en antagonistas detrás de la sonrisa, detrás de la palabra vaga, detrás de los recuerdos compartidos. Sólo en la memoria quedan restos de nuestra gran amistad.

SAMIEL.— Nunca habíamos hablado de esto.

JOSEL.— No. Es una de las cosas que nos ocultamos.

SAMIEL.— ¿Piensas realmente así?

JOSEL.— Samiel. A mí ya no me podrás engañar; procura no engañarte a tí mismo.

SAMIEL.— No estoy de acuerdo, yo...

JOSEL.— A ver: hace apenas unos segundos Uriel y tú discutían. Pretendieron ocultarme la razón. ¿Por qué? ...

SAMIEL.— Yo no dije nada, fue él quien te habló de...

JOSEL.— ¿Qué es lo que me ocultas ahora?

SAMIEL.— Yo...

JOSEL.— Desde hace semanas, tal vez meses, siento gritar ese silencio asesino, negando nuestra unión. Por qué has callado, Samiel. Por qué no me diste ese consejo; por qué se te enredó en la lengua; por qué no me has insultado, por lo menos, por qué no me has dicho lo que tú crees, la verdad? ... ¿Lo ves? ... Permaneces callado... todavía. Yo también guardé silencio. Dudaba de lo que hacía y no me atrevía a preguntarte. Me fui hundiendo en mis interioridades, sin el único escape que habías sido tú. Mi único verdadero amigo. ¿Y cómo comenzó todo? ... Con tonterías; pequeñas discusiones. Nos fuimos produciendo pequeñas heridas, matando ínfimas células, pero en millones y millones de ocasiones, hasta que no quedó una sola pulgada sana en nuestro compañerismo; nuestra piel se hizo enfermizamente sensible, y sólo nos quedaron dos caminos o sondear las dolorosas llagas, o guardar silencio, siempre. Por compasión, supongo escogimos lo segundo.

SAMIEL.— ¡Josel!

JOSEL.— No. No hay nada que lamentar ahora; sería inútil; ridículo. Lo más práctico será sacarle algún provecho a esa lamentable experiencia. Que tú le saques provecho. Curioso, ¿Verdad? ... Hablando en el entierro de la amistad, he logrado revivir el viejo tono de confianza que la caracterizaba.

SAMIEL.— No ha muerto, Josel.

JOSEL.— ¿Todavía lo dudas?

SAMIEL.— Yo estoy dispuesto a sacrificarme por tí. Me he sacrificado.

JOSEL.— Pensé que lo hacía por tí; que lo hacía por todo el pueblo. Pero recién anoche me dí cuenta de que todo era mentira.

SAMIEL.— ¿Anoche? ... ¿Qué pasó anoche?

JOSEL.— ¿Lo has olvidado? ... Bebimos. Bebimos, y yo quise darle la libertad al pueblo. Si mal no recuerdo, quise escribir proclamas o qué sé yo, para abolir todas las leyes represivas.

SAMIEL.— Más o menos eso es lo que todos queremos. Pero no en una forma irreflexiva; gradual.

JOSEL.— No. La idea me vino como una quimera alcohólica;

pero hace unos instantes, debajo de la ducha, volvió completa, con todo su mecanismo, con toda su maldad. Maldad contra el pueblo y maldad contra tí, nada de sacrificio. Si, darle completa libertad y marcharme a... a la luna. ¿Te imaginas? Así de repente suena como un gran sacrificio personal, pero qué le pasaría a mi sucesor; a tí, por ejemplo. Qué sería lo primero que tendrías que hacer si te quedas al frente del gobierno? ... Dar marcha atrás; frenar el libertinaje que explotaría en cada metro de terreno. Puedo verlo... Nadie podría frenarlo... Por las buenas. Tendrías que recurrir a la violencia. Y así todos verían que yo tenía razón en hacer lo que hice; como tuvo razón mi antecesor, el que yo derroqué; como tendrías razón tú. Porque no podemos hacer otra cosa, porque tenemos que ser crueles aunque se destroce nuestro corazón. Porque la única forma de escapar a esta cadena loca de odios y de muertes, es escapando al poder en cualquiera de sus manifestaciones. Me marcharé, Samiel, dejaré el poder, que es lo que todos quieren; que es lo que tú quieres; pero antes me vengaré de tí y de todos los demás; me vengaré y podré sentirme menos mal. ¿No es curioso?

SAMIEL.— ¿Dices que te vengarás? ... ¿En qué forma?

JOSEL.— Viendo cómo tu también te ensucias las manos. Viendo como todos pierden su alba pureza con la cual me vienen abofeteando desde hace tanto tiempo... Ya no seré el único monstruo con vida, Samiel. Me sentiré uno más en un mundo de prehistórica crueldad. Quizás así me pesen menos las muertes...

SAMIEL.— Josel. Pobre Josel...

JOSEL.— No desperdicies tu compasión; la necesitarás para tí mismo.

SAMIEL.— Estás confundido. No es necesario que hagas locuras. Si te retiras del gobierno por unos meses...

JOSEL.— Tú te sacrificarías por mí y te quedarías al frente de él. Uriel pasaría a ser el Secretario, darían a conocer un maravilloso plan de gobierno; concederían ciertas libertades, y a engañar a todos por largo tiempo. ¡Bello sacrificio! Era eso, ¿verdad? ... O quizás tu sacrificio ha sido el no prevenirme, por amistad, se entiende, para no ofenderme; para no entristecerme. El sugerirme mis errores y luego retirarte para que sólo mi conciencia quedara sucia?

SAMIEL.— Lo has confundido todo, Josel. No es así como dices. De no haber sido por mí, hace ya tiempo que hubieras sido víctima de un golpe de estado. Estarías, tal vez, muerto. Eso es lo

que todos querían. Pero yo me interpose y he logrado que te dieran tiempo para que te regeneraras. Tiempo...

JOSEL.— Para que acabara de hundirme. ¿Qué más hubiera deseado yo que la muerte antes de todo esto?

SAMIEL.— Josel...

JOSEL.— ¿Por qué no me lo dijiste, Samiel? ¿Por qué no me confesaste que conversabas con la oposición para salir de mí. Me tenías miedo?... ¿Creíste que te iba a hacer daño?... ¿Ya olvidaste que todas las decisiones las hemos tomado juntos?

SAMIEL.— No es cierto.

JOSEL.— Yo no te hubiera castigado; quizás porque te necesitaba; quizás porque te quería. Te hubiera escuchado, como te he escuchado siempre; como te escuché cuando me dijiste que debíamos acabar con la tiranía pasada, cuando me pediste que me hiciera cargo del gobierno; cuando opinaste que era necesaria la mano dura; cuando quisiste que el General Ramírez desapareciera del ambiente nacional. También te hubiera escuchado ahora... yo...

SAMIEL.— Puedes hacerlo, todavía. Estamos a tiempo.

JOSEL.— No. Ya no... Lo sé todo, Samiel. Sé que dentro de unas horas tendré que dejar el gobierno o sucumbiré defendiéndome. Sé que tú estabas comisionado para decírmelo y sé que no me has dicho nada. Si te puse caso fue porque te creía mi amigo; porque te tenía más confianza que a mi propia conciencia. Pero ya no; ya no tendría sentido. Tú me metiste en todo esto; eres el verdadero culpable ante mis ojos. Sólo me queda vengarme... ¿Sabes? ... He estado esperando que al menos, durante esta conversación me dijeras algo; me sugirieras lo que tendría que hacer. Pero no.

SAMIEL.— Déjame...

JOSEL.— Nada. Lo que me dijeras ahora sería una defensa; tu arma la mía. Ya decidí; no te canses.

SAMIEL.— ¿Qué piensas hacer?

JOSEL.— Te lo dije ¿verdad? ... No puedo impedir que los acontecimientos se desarrollen de la manera que ustedes los han planeado desde hace tanto tiempo. Estoy solo. Nadie, o al menos muy pocos, me defenderían; muy pocos sin poder. Ni siquiera el poder económico y el poder internacional me concederían su apoyo. Están cansados de mí; ya la marioneta les da náuseas. Necesitan muñecos nuevos, limpios, sonrientes, no amargados. No. Sería un boqueo de pez fuera del agua lo que hiciera. Dejemos que me obliguen a dejar el poder. Pero antes... Antes haré mi última gran obra. ¿Quieres tomar el dictado, o prefieres que llame a otro?

SAMIEL.— ¡Déjate de locuras!

JOSEL.— Lo haré, y no podrás impedírmelo. Eso no. Daré la libertad que me han estado pidiendo.

SAMIEL.— Recapacita...

JOSEL.— No tengo mucho tiempo; lo sabes. Debo aprovechar los pocos segundos que me quedan. Samiel, como Presidente de la República te ordeno que... No. Para tí ya no tengo poder. No lo harás. Lo haré yo mismo. Todavía tengo algunos servidores que, por miedo, cumplirán lo que ordene.

*Toma el teléfono.*

SAMIEL.— Deja ese teléfono. No vas a llamar a nadie.

JOSEL.— Tú también tienes prisa. Corre; dí a tu gente que yo no acepté lo que me pediste. Sabrás cómo decirlo pues pensabas hacerlo de todas maneras. Pero corre.

*Samiel coge la pistola.*

SAMIEL.— No quiero hacerlo; pero si me obligas dispararé. Deja ese teléfono. Lo que hago no lo hago ni por tí ni por mí; sino por el pueblo. Yo...

JOSEL.— No más palabras vacías. Nada arreglarán ahora.

*Josel marca el teléfono.*

SAMIEL.— Por favor...

JOSEL.— Ola... Con el encargado de Prensa y Propaganda... Urgente... Búsquelo donde sea; es el Presidente quien habla.

SAMIEL.— Por favor...

JOSEL.— ¿Todavía estás aquí? ... Vete a defender lo tuyo. Puede que las intenciones de Uriel sean otras; puede que te quieran engañar a ti también... No. No te va a engañar. El te necesita a tí, como tú me necesitabas a mí...

SAMIEL.— Por favor, Josel.

JOSEL.— Y recuerda; no discutan; permanezcan unidos, no permitas que tu consejero; tu verdadero cómplice, te de la espalda... Te sentirás muy solo... Ola...

*Samiel dispara.*

Gracias... Descansaré ahora...

*Josel se desploma.*

*Entra Uriel.*

URIEL.— ¿Qué ha pasado?... ¿Qué ha pasado?... ¿Lo mataste?... ¿Se opuso?... No quería claudicar ¿verdad?... ¿Está muerto? ...

SAMIEL.— No sé.

*Uriel lo ausculta.*

URIEL.— Sí... ¿Qué pasó?

*Samiel va al teléfono y lo cuelga.*

SAMIEL.— ¡No importa qué pasó!... Ya no molestará más.

URIEL.— Tenemos que darnos prisa. Debemos de actuar antes de que se corra la noticia de su muerte. Esto podría dar al traste con todo... Bueno; será una noticia que alegrará a muchos... Te felicito, Samiel; debo confesarte que dudaba de tí... Estaba equivocado, lo confieso... Eres digno de toda confianza.

SAMIEL.— Cállate.

URIEL.— Voy a poner la máquina en marcha; tú estás preparado para el triunfo; será mejor que inventes una historia para justificar su muerte. Por asuntos históricos, conviene que todo tenga apariencia de claridad... Hasta la vista.

SAMIEL.— Espera... No te vayas ahora...

URIEL.— ¿Qué sucede?

SAMIEL.— Tengo... miedo.

SEMINARIO MUL, 'DISCIPLINARIO'  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS